

SIMON LEYS

LA MUERTE DE
NAPOLEÓN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2018



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *La mort de Napoléon*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2006 by Pierre Ryckmans
© de la traducción, 2018 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, Napoleón, con las manos entrelazadas,
de espaldas, de Nicolas-Toussaint Charlet

ISBN: 978-84-17346-02-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 7220-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernació*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. Un amanecer en el Atlántico	7
II. Regreso a Waterloo	25
III. Un incidente en la frontera	51
IV. Sandías y melones de Provenza	67
V. La conquista de París	81
VI. El imperio de la noche	95
VII. <i>Ubi victoria?</i>	113
<i>Postfacio</i>	137

Es una pena ver una sólida inteligencia, como la de Napoleón, consagrada a cosas insignificantes, como son los imperios, los acontecimientos históricos, el retumbar de los cañones y los gritos, creer en la gloria, en la posteridad, en César; ocuparse de las masas tornadizas y de otras nimiedades de los pueblos... ¿Es que no veía que se trataba de algo muy distinto?

PAUL VALÉRY, *Mauvaises pensées et autres*

I
UN AMANECER EN EL
ATLÁNTICO

Como guardaba un vago parecido con el Emperador, los marineros del *Hermann-Augustus Stoeffler* le habían apodado Napoleón. Por eso, por exigencias del relato, no le llamaremos de otro modo.

Y, por otra parte, era Napoleón.

Cómo consiguió evadirse de Santa Elena, al término de un extraordinario complot, es una aventura que ya fue objeto de una obra anterior a la que recomendamos remitirse al lector.¹ Bastará recordar aquí el principio de la estratagema: un sargento de caballería que presentaba un notable parecido con el Emperador fue desembarcado, tras diversas peripecias, en una playa de Santa Elena durante una noche sin luna, mientras Napoleón embarcaba en un pesquero de focas portugués fletado al efecto. Para los carceleros ingleses (y para el resto del mundo), la jorna-

¹ Véase «Le prisonnier de Sainte-Hélène», *Les veillées des chaumières*, números de junio, julio y agosto de 1904.

da subsiguiente a esta ingeniosa operación fue una jornada como todas las demás: Napoleón se levantó a la hora de costumbre, tomó su café con leche habitual, dio su paseo como había hecho siempre. Con excepción de los fieles servidores que estaban en el secreto de aquel magistral complot, nadie supo que esas diversas actividades las llevaba a cabo, en realidad, un sosias, mientras que el verdadero Napoleón navegaba en el mismo momento en aquel pesquero de focas que, algunas semanas más tarde, había de desembarcarlo en la isla Tristán de Acuña: un triste lugar, apenas poblado por algunos pingüinos y otros indígenas desheredados de la fortuna, cuya descripción ahorraremos aquí al lector.

De Tristán de Acuña, siguiendo un plan minuciosamente establecido cuyas sucesivas etapas le eran indicadas a medida que avanzaban en su ruta por unos agentes anónimos (también ellos instrumentos ciegos al servicio de una misteriosa organización), acabó embarcando en un langostero con destino a Ciudad del Cabo.

Esta travesía fue larga y penosa.

Viajaba con el nombre de Eugène Lenormand, pero durante la navegación su pseudóni-

mo no le fue de mucha utilidad. La tripulación, en efecto, estaba compuesta por noruegos, gente taciturna a la que nunca se les habría pasado por las mientes preguntarle su nombre: en todo el viaje no le dirigieron una sola vez la palabra. Él no se lo tomó a mal: tampoco se podía decir que fueran muy charlatanes entre ellos y, por lo demás, tras años dedicados a la marinería, esos mudos escandinavos habían perdido el don de gentes. Su semejanza—atenuada, pero aún perceptible—con el héroe que había hecho temblar a Europa no suscitó ninguna curiosidad indiscreta, pues de hecho la tripulación no conocía más cabezas coronadas que un vago rey de Dinamarca, cuya litografía amarillenta estaba fijada con agujas en el mamparo del castillo de proa.

Ahora, sin embargo, en la tercera y última etapa de su viaje, la situación había cambiado por completo. A bordo del *Hermann-Augustus Stoeffler*, ese bergantín que le llevaba a Francia, la tripulación estaba compuesta por hampones cosmopolitas, entre los cuales los había que no estaban del todo faltos de cultura general, sin contar

con que el contraмаestre era un francés que había servido en la Marina durante la expedición de Egipto, y que se proclamaba ferozmente bonapartista.

Con todo, fue a este último personaje a quien más le costó admitir que podía existir el más mínimo parecido entre un mozo de camarote—pues era en calidad de tal que Napoleón figuraba en el registro de la tripulación—y su Emperador.

Todo había comenzado con una impertinencia del grumete.

Un día, teniendo que ir a llevar al alcázar de popa las bandejas del desayuno de los oficiales, se le ocurrió llamar al mozo de camarote para que le echara una mano, pero como éste permanecía sumido en sus eternas ensoñaciones, el grumete, que era de espíritu observador y chistoso, acabó por exclamar:

—¡Eh, Napoleón!

El efecto superó todas sus expectativas: el interpelado se puso en pie de un salto, transformado, con la celeridad del rayo, como una fiera de ojos pálidos y terribles.

El grumete, a quien la vida marinera y el rudo trato con la gente de a bordo habían vuelto ya bastante cínico pese a lo joven que era, no advir-

tió tanto la repentina y breve transfiguración que se había operado en Eugène como la eficacia de su procedimiento para hacerle volver a la realidad. Y como para cumplir con sus tareas diarias necesitaba a menudo la colaboración del mozo de camarote, encontró el uso de este apodo de lo más conveniente.

En cuanto al resto de la tripulación, a fuerza de oír «¡Napoleón!» por aquí, «¡Napoleón!» por allá, acabó por confirmar el vago parecido que el mozo de camarote podía presentar con el prisionero de Santa Elena, y así, para todos los del castillo de popa fue en adelante Napoleón.

Únicamente el contramaestre desaprobaba este apelativo. Que se asociara el nombre de su dios con aquel hombrecito nada agraciado, de vientre hinchado y piernas delgaduchas, le parecía sacrílego. Hay que añadir, por otra parte, que esos últimos años Napoleón había envejecido de forma considerable: había perdido una buena parte del cabello y, a fin de proteger su cráneo del viento marino, llevaba permanentemente un gorro de lana alegremente variopinto que le había tejido su patrona en la isla de Tristán de Acuña. Este comfortable cubrecabeza, aunque un tanto ridículo, le daba el toque definitivo

de una silueta cuya sola visión provocaba la irritación del contraamaestre.

La exasperación de este último se había avivado aún más por el granito de sal que acababa de añadirle el sobrecargo, un insolente hijo de buena familia de Birmingham, que se había buscado el exilio en los océanos tras haber dejado embarazada a la hija de un pastor anglicano; este odioso inglés, que conocía la devoción bonapartista del contraamaestre, encontraba un maligno placer—cada vez que el otro estaba lo suficientemente cerca como para oír—en interpelar al pobre mozo de camarote tratándole de «señor de Buonaparte» con burlona cortesía.

De estos ultrajes cometidos por persona interpuesta a su ídolo, el contraamaestre se vengaba en la persona del desdichado Eugène. Le resultaba fácil, pues había transformado al mozo de camarote, que era un perfecto inútil, en chico para todo y no había trabajo pesado, absurdo, humillante y sucio que no recayera finalmente sobre sus espaldas. Hasta el propio grumete tenía el impudor de descargar sobre él una parte de sus atribuciones.

Naturalmente, le estuvo negada la dignidad fundamental de los gavieros, que, en sus servicios de vigía, pueden escapar del sofocante calor del entrepuente para disfrutar, con el balanceo de las arboladuras y la cambiante blancura de las velas, de una libertad de gigantes ligeros, hermanos de las aves marinas en medio del viento. Su debilidad física le tenía clavado en cubierta. Pero ¿qué importancia tenía no ser más que un miserable insecto a los ojos de los de las jarcias? Sólo de vez en cuando su mirada se perdía distraídamente hacia esas alturas. Soportaba con perfecta impasibilidad lo abyecto de su presente condición, y no trataba de escapar a ella. ¡Estaba por encima de toda humillación: ausente de sí mismo, su sueño lúcido y frío volaba por delante del futuro, hacia Francia, hacia los imperios por venir!

Los marineros, gente zafia pero no malvada (como todo el mundo sabe), lo toleraban sin concederle más atención que al loro del Negro Nicolas, el cocinero. Siempre y cuando cumpliera su tarea, no se metían con él. En el fondo, sin que los marineros le tuvieran la menor consideración, había algo que los refrenaba, a la hora

de hostigarlo: ¿acaso emanaba un imponderable prestigio a pesar de su distante mutismo? ¿Le conferían sus blancas manos de obispo una misteriosa dignidad? O, más sencillamente, quizá sentían compasión por su endeble constitución y su prodigiosa ineptitud para realizar decentemente cualquier tarea manual.

La única persona que le demostraba una verdadera consideración era el Negro Nicolas. Lo que no significaba, por otra parte, gran cosa, pues el Negro Nicolas llamaba a todo el mundo «patrón», incluso a su propio loro.

El Negro Nicolas era un personaje de edad indefinida y de aspecto bastante repulsivo. Había sido alto, pero el medio siglo largo pasado en paños bajos, inclinado sobre los hornos, lo había quebrantado en varios segmentos como un metro de carpintero a medio desplegar. Sin ser realmente corpulento, su cuerpo se inflaba con hinchazones arbitrariamente repartidas. Su rostro estaba hendido por una boca enorme que tenía abierta como la boca sucia y negra de sus hornos; únicamente sobrenadaban, en este marasmo, uno o dos dientes parecidos a arrecifes recubiertos de grandes algas. Esta dentadura en ruinas volvía todavía más ininteligible su elocución

decididamente extravagante y su extraña lengua franca, prestando a sus raras palabras un peso de oráculo, como conviene a un cocinero negro en un barco de altura, que, para conformarse al modelo, debe estar un poco versado en ciencias ocultas.

Napoleón, que no prestaba atención ni a la hostilidad del contraamaestre, ni a la ironía del sobrecargo, ni a la brutalidad indiferente de los marineros, ni a las insolencias del grumete, no se percataba en absoluto de las medidas de favor de que le hacía habitualmente beneficiario el Negro Nicolas, y que no dejaban de provocar cierta envidia a su alrededor, pues el cocinero, dispensador de muy apetecibles privilegios, está siempre rodeado por un grupo de tiralevitas a la caza de favores: una corteza de tocino por aquí, una manita de cerdo por allá, un dedo de café caliente antes de afrontar el segundo turno de la guardia de noche, etcétera. Napoleón disfrutaba de estos diversos favores sin hacer nada para obtenerlos; los aceptaba con toda naturalidad como algo que le era debido, y muy a menudo ni siquiera parecía percatarse de su existencia. Curiosamente, lejos de desalentar al Negro Nicolas, esta indiferencia parecía estimular más su solicitud.

Todas las noches, con el cuerpo molido por la fatiga sin sentido de las tareas diarias, Napoleón, huyendo momentáneamente de la atmósfera cargada de los camarotes de la tripulación, iba a acodarse en la batayola del castillo de proa y contemplaba la aparición de las primeras estrellas. La suavidad del azul tropical que daba paso paulatinamente al terciopelo de la noche y al sereno centellear de los astros que parecen tan próximos a los hombres cuando comienzan a encenderse, solitarios en el umbral de la noche, le dejaba totalmente frío. Iba a instalarse allí por pura higiene, bañando un momento su cuerpo en el fresco del anochecer para distender sus músculos, limpiar los pulmones y asegurarse una noche sin insomnio.

Si le traía sin cuidado la magnificencia de los crepúsculos tropicales no era, ciertamente, porque fuese insensible por naturaleza a las apoteosis románticas. Pero desde la noche memorable de su evasión, había comenzado a blindarse de un caparazón de indiferencia: para el tiempo de esta incierta prueba del retorno, «Napoleón» no podía ser nada más que un apodo de entrepuente.

El papel del águila fulminada, del prisionero

solitario, del exiliado pensativo, lo interpretaba en aquel momento un oscuro sargento de marina, mientras que el nuevo Emperador no era aún más que un sueño del futuro. Mientras tanto, entre el personaje del que se había despojado y el que aún no había creado, no era nadie. Eugène iba tirando en este intervalo neutro: se habría sentido incapaz de creerse con derecho a un destino propio; a lo sumo, podía concederle pequeñas desgracias poco gloriosas y algunos mezquinos momentos de felicidad.

Así, había de estarle vedada la emocionante embriaguez de esos crepúsculos mientras siguiera siendo un extraño para sí mismo, defenestrado de su propio destino entre aquellos toscos marineros, suspendido por un revés de la fortuna en ese vacío intermedio, olvidado, entre mar y cielo, en la insípida nada de aquel lento vele-ro comercial.

Se apoyaba en la existencia meramente física del lamentable Eugène para atravesar esos limbos a cuyo término se alzaría finalmente el nuevo mañana de Napoleón.

Un hilo infinitamente tenso le llevaba hacia esa alba hipotética; hasta el presente, a cada etapa del viaje, un nuevo mensajero desconocido

había emergido de la sombra para indicarle la ruta que debía seguir.

Por el momento, no sabía nada más que esas últimas instrucciones recibidas con ocasión de la escala precedente: cuando el *Hermann-Augustus Stoeffler* llegase a Burdeos, debía establecer contacto en el muelle con un hombre con mostacho, tocado con un sombrero de copa alto de color gris, que estaría sentado sobre un barril y que llevaría un paraguas plegado en una mano y un número del *Écho de la Bourse* en la otra. Este nuevo eslabón le encaminaría entonces hacia la formidable organización oculta que sólo esperaba el impulso de su genio para ponerse en marcha y catapultarlo hacia el poder.

Todavía no sabía nada de cómo se había creado esta organización y ninguno de sus sucesivos guías había podido ilustrarle al respecto: en efecto, la regla fundamental de esta asombrosa conjura era observar un secreto tan absoluto que los mismos conjurados ignoraban hasta el objeto mismo de su propia empresa. Aunque contaran ya con varias decenas de miles, de todo este número no había ni siquiera dos que se conocieran mutuamente. ¡Con mayor motivo, era imposible que supieran que el autor de este ingente plan,

un joven y oscuro matemático, había desaparecido de este mundo dos años antes, arrebatado por una fiebre cerebral!... Pero el complejo mecanismo concebido por ese genial personaje era de tal perfección, y cada uno de sus detalles había sido calculado y previsto con tal precisión, que las ruedas ciegas continuaban infaliblemente engranándose unas con otras a lo largo de los días y los meses, sin que su marcha se viera afectada lo más mínimo por la desaparición de su anónimo creador.

A pesar de su firme resolución de circunscribir al personaje de Eugène dentro de los estrictos límites de su papel provisional, en una ocasión Napoleón bajó la guardia. El incidente, nimio en apariencia, había de dejar en él una cicatriz de una profundidad que en aquel momento quizá no intuyó del todo.

El *Hermann-Augustus Stoeffler* había cruzado el Trópico desde hacía algunos días y entrado en la zona de los alisios que ahora lo empujaban con su soplo regular. A velas desplegadas, el bergantín avanzaba raudo y veloz, escorado, bajo una brisa tibia y potente, tan constante que la tripula-